

consecuencia, al acercarse a la costa hizo las señales habituales a los negreros, y a ellas le respondieron casualmente el padre y el hijo; de modo que por la noche Jacobo se halló no sólo en la playa más también en los brazos de aquellos a quienes había venido a buscar.

## XV

### LA CAJA DE PANDORA

Inefable fué el gozo que sintieron Pedro Munier, Jorge y Jacobo al hallarse, tras ausencia tan dilatada, reunidos en el momento en que ellos lo esperaban. Verdad es que de pronto Jorge, gracias a la educación europea que recibiera, sintió alguna repugnancia al ver a su hermano convertido en traficante de carne humana; pero no pasó de aquí. En cuanto a Pedro Munier, que nunca se saliera de la isla, y que, por tanto, lo miraba todo desde el punto de vista de las colonias, ni siquiera paró mientes en ello; a bien que, por otra parte, lo tenía absorto la dicha inesperada de ver de nuevo a sus hijos.

Como era natural, Jacobo fué a pasar la noche en Moca, y él, su padre y Jorge no se separaron hasta hora muy avanzada. Durante esta primera y suave plática, los dos hermanos y su padre se hicieron mutuamente partícipes de los tesoros de sus corazones. Pedro Munier, que estaba henchido de gozo, dióle rienda; Jacobo contó su aventurera vida, sus extraños placeres y su dicha originalísima, y Jorge refirió sus amores con Sara.

Al oír a su hijo menor, Pedro Munier se estremeció de los pies a la cabeza. ¡Jorge, mulato, hijo de mulato, amaba a una blanca, y, al confesar su amor, afirmaba que aquella mujer le pertenecería! Tal audacia, tal orgullo, no tenía ejemplo en las colonias; y, según él, semejante orgullo había de atraer sobre aquel en cuyo corazón se encendiera, todos los dolores de la tierra y toda la cólera del cielo.

En cuanto a Jacobo, comprendía muy bien que su hermano amase a una mujer blanca, por más que él, por mil razones que él aducía con gran lucidez, prefería de mucho las negras. Pero Jacobo era demasíadamente filósofo para no comprender y respetar los gustos de cada cual. Por otra parte, hallaba que Jorge, siendo, como era, todo un buen mozo, rico y superior a los demás hombres, podía aspirar a la mano de cualquiera mujer blanca, mal fuese ésta Alina, reina de Golconda. Además y para en su caso, Jacobo ofreció a su hermano valerse de un expediente que simplificaba grandemente el asunto; y el expediente era que de negarse Malmedie, robaría a Sara y la depositaría en cualquier rincón del mundo, a su elección, donde Jorge pudiese reunirse a ella. Jorge agradeció a su hermano el ofrecimiento, pero como tenía trazado otro plan, no lo admitió.

Los habitantes de Moca volvieron a reunirse al día siguiente, casi al despuntar el alba, tanto tenían aún que decirse; y como a eso de las once a Jacobo le vino en deseo visitar los lugares donde pasara su infancia, propuso a su padre y a su hermano dar un paseo de recuerdos. Munier aceptó; pero Jorge, que como no habrá olvidado el lector, esperaba nuevas de la ciudad, los dejó que partiesen solos, quedándose él en la casa, para la cual citara a Miko Miko.

El cual se presentó media hora después, con su larga percha de bambú y sus dos cestas, como si hubiese ejercido su comercio en la ciudad; porque el previsor industrial habíase dado a entender que por el camino podía muy bien encontrar algún aficionado a sus chirimbolos. Jorge, a pesar del dominio que sobre sí y a tan duras penas conquistara, al abrir la puerta le dió un vuelco el corazón, pues aquel hombre había visto a Sara e iba a hablarle de ella.

Las cosas, como es de suponer, pasaron del modo más sencillo del mundo. Miko Miko, usando del privilegio de entrar en todas partes, se metió en la casa de Malmedie, y Bijou, que ya viera a su joven ama comprar un abanico al chino, lo condujo a presencia de Sara.

La doncella, al ver al mercader, se estremeció, pues por una sucesión natural de ideas y de circunstancias, Miko Miko le recordaba a Jorge. Sara pues recibió con solicitud al chino, sintiendo tan sólo el verse obligada a entenderse con él por medio de señas. Miko Miko sacó entonces de su faltriquera la tarjeta de Jorge, la en que éste escribiera el precio de los diferentes objetos con que el mercader se propusiera tentar el corazón de la criolla, y se la entregó por el lado en que estaba grabado el nombre.

Sara se sonrojó a pesar suyo y volvió con viveza la tarjeta, convencida de que Jorge, no pudiendo verla, se valía de aquel recurso para hacerse presente a su memoria.

La doncella compró sin regatear cuantos objetos llevaban señalado el precio por mano de Jorge, y como el chino no le pidió la tarjeta, no se la restituyó.

Al salir del aposento de Sara, Miko Miko se encontró con Enrique Malmedie, que lo hizo en-

trar en el suyo para inspeccionar toda su pacotilla; y si bien nada le compró, por señas dió a comprender al chino que, estando próximo a casarse con su prima, necesitaba las más hermosas baratijas que pudiese procurarle.

La circunstancia de haber entrado en la habitación de la doncella y en la de Enrique, permitió al chino observar por menudo la casa; y como el chino, entre las protuberancias que le adornaban el cráneo, tenía desarrollada en grado sumo la de la memoria de las localidades, retuvo claramente la distribución arquitectónica de la morada de Malmedie. La casa tenía tres entradas: una que, por un puente echado sobre el arroyo, llevaba al jardín de la Compañía; otra, en el lado opuesto, que al través de una calle de árboles, comunicaba con la calle del Gobierno, y la tercera, en la fachada lateral, que daba a la calle de la Comedia. Al entrar en la casa por la puerta principal, esto es por el puente, hallábase un gran patio cuadrado, con mangas y lilas de China, al través de cuyas hojas y flores se veía, en frente, la habitación principal, accesible por una puerta casi paralela a la de la calle; el visitador, colocado de esta suerte, tenía en primer término, a su derecha, las chozas de los negros, y, a su izquierda, las caballerizas. En el segundo término, a la derecha, se alzaba un pabellón sombreado por una magnífica romaza, y, frontera del pabellón, había otra vivienda destinada también a los esclavos. Por último y en tercer término, a la izquierda, estaba la entrada lateral comunicante con la calle de la Comedia, y, a la derecha, había un pasillo unido a una escalerilla y a una calle de árboles que formaba azotéa, y, dando vuelta, paraba frente al teatro.

Si el lector ha seguido atentamente nuestra

descripción, verá que el pabellón se hallaba separado del cuerpo del edificio por el pasaje. Ahora bien, como el pabellón aquel era el retiro predilecto de Sara, y en él pasaba la doncella la mayor parte del día, añadamos algunas palabras a las ya dichas en uno de los capítulos precedentes. Aquel pabellón, con ser únicamente visible de tres lados, tenía cuatro fachadas. En efecto, una de sus fachadas estaba pegada a las chozas de los negros, y las otras tres daban, una al patio de entrada donde medraban las mangas, las lilas de China y la romaza; la otra al pasaje que llevaba a la escalerilla, y la otra a un gran obrador de carpintería, casi desierto, que a la vez daba, de un lado, al mismo arroyo que seguía una de las fachadas exteriores de la casa de Malmédie, y del otro a la calle de árboles, que sobresalía del obrador unos doce pies. Arrimados al muro de contención de la mencionada calle de árboles, había dos o tres casas cuyos tejados, inclinados suavemente, ofrecían una pendiente fácil a cuantos, por una causa cualquiera, hubiesen querido prescindir del camino trillado para pasar de incógnito desde la alameda al obrador.

El pabellón tenía tres ventanas y una puerta que, como va dicho, comunicaba con el patio. Una de las ventanas estaba situada junto a la puerta, otra daba al pasaje, y la otra dominaba el obrador.

Durante el relato de Miko Miko, Jorge se sonrió tres veces; pero con expresiones muy diferentes: la primera al decirle su embajador que Sara se había quedado con la tarjeta; la segunda, al hablarle aquél del casamiento de Enrique con su prima, y la tercera, al enterarse de que uno podía entrar en el pabellón por la ventana del obrador.

Jorge puso lápiz y papel delante del chino, y mientras, para mayor seguridad, el mercader trazaba el plano de la casa, cogió él una pluma y escribió una carta.

Concluidos que fueron a una la carta y el plano, Jorge se levantó y se entró en su cuarto, y a poco tornó con un maravilloso cofrecito de Boule, digno de haber pertenecido a la Pompadour. Jorge metió la carta que acababa de escribir en el cofre, cerró éste con llave, y entregó llave y cofre al chino, dándole sus instrucciones, y, además, otra onza de oro en recompensa de la nueva comisión que iba a desempeñar. Miko Miko se echó nuevamente al hombro su bambú, y tomó la vuelta de la ciudad al mismo paso con que se viniera; lo cual quería decir que dentro de unas cuatro horas estaría en presencia de Sara.

Apenas el mercader hubo desaparecido al extremo de la alameda que llevaba al ingenio, cuando Jacobo y su padre entraron por una puerta posterior, lo cual admiró a Jorge, que se disponía a salir en su busca.

—No te extrañe nuestro pronto regreso—dijo Jacobo a su hermano;—he visto en el cielo señales de un próximo huracán, y aunque tengo plena confianza en mi teniente, Cabeza de Hierro, quiero demasiado sinceramente a la *Calipso* para dejar en mano de otro su salvación en tan críticas circunstancias. Vengo pues para despedirme de ti; desde lo alto de la montaña del Pulgar, a la cual me he subido para ver si la *Calipso* continuaba en su puesto, la he divisado navegando de bolina a unas dos leguas de la costa, y la he hecho la señal convenida entre mi segundo y yo en el caso de que cualquiera circunstancia me obligase a volverme a bordo. Los

míos han visto mi señal, y dentro de unas dos horas vendrá por mí la chalupa que me trajo.

El pobre Pedro Munier hizo cuanto estuvo en él para retener a su lado a Jacobo; pero éste le respondió con su voz meliflua, pero con firmeza que dió a comprender al anciano cuán ocioso era insistir:

—No puede ser, padre.

Jorge, comprendiendo claramente la causa que restituía a Jacobo a bordo de su buque, ni siquiera intentó disuadirlo; pero sí le dijo que él y su padre lo acompañarían hasta la otra parte de la sierra de Pieter Boot, desde la vertiente opuesta de la cual podrían ver como se embarcaba y luego seguirlo con la mirada hasta la *Calipso*.

Jacobo partió pues acompañado de Jorge y de su padre, y los tres, por atajos únicamente conocidos de los cazadores, llegaron al manantial del río de las Calabazas, donde el negrero se despidió de aquellos amigos de su corazón, a quienes había visto tan fugazmente, pero a los cuales prometió reunirse otra vez antes de poco.

Una hora después la chalupa desatracó de la orilla llevándose a Jacobo, quien, fiel al amor que el marino profesa a su buque, se volvía para salvar la *Calipso* o perecer con ella.

Apenas hubo Jacobo sentado la planta en la cubierta, cuando la *Calipso*, que hasta entonces navegara de bolina, puso la proa hacia la isla de la Arena y se alejó cuán velozmente pudo en dirección al Norte.

Mar y cielo se habían puesto más y más amenazadores. Las aguas, con no ser la hora de la marea, subían mugidoras y a ojos vistas, mientras el firmamento, cual si hubiese querido rivalizar con el Océano, se cubría de veloces y grandes nubes a las cuales desgarraban súbitas ráfa-

gas de viento que ora saltaban del esteseudeste, ora del sudeste, ya del sudsudeste. Sin embargo, tales síntomas, para quien no era marino, sólo presagiaban una borrasca ordinaria, cuanto más que aquel año los habitantes de la isla de Francia se habían visto igualmente amenazados más de una vez sin que a las amenazas hubiese seguido catástrofe alguna. Con todo, Jorge y su padre, al entrar nuevamente en su casa, no pudieron menos de reconocer la sagacidad de la mirada de Jacobo. El barómetro señalaba menos de veintiocho pulgadas.

Pedro Munier ordenó inmediatamente al capataz que hiciese cortar en todas partes los tallos de los casabes, para salvar a lo menos las raíces, las cuales, de no tomarse tal precaución, comúnmente son arrancadas de la tierra y arrebatadas por el viento; y en cuanto a Jorge, con espanto de su padre, ordenó a Alí que ensillase a Antrim para las ocho.

—¿Por qué haces ensillar tu caballo?—preguntó Pedro Munier.

—He de hallarme en la ciudad a las diez—respondió Jorge.

—¿Pero no ves que es imposible?—exclamó el anciano.

—Es preciso, padre, es preciso,—repuso Jorge con voz que, como la de Jacobo, dió a conocer al pobre Pedro Munier cuán ocioso era insistir.

Entretanto Miko Miko desempeñaba su comisión.

El chino, apenas llegado a Puerto Luis, se encaminó a casa de Malmedie, de la cual le había abierto aún más la entrada el encargo de Enrique. Miko Miko se presentó pues ahora con tanta mayor confianza, cuanto al pasar por el puente vió a Enrique y a su padre ocupados en mirar los

buques anclados, cuyos capitanes, en previsión del amenazante huracán, hacían reforzar las amarras. Miko Miko entró pues en casa de Malmédie, sin temor de verse estorbado en lo que iba a hacer en ella, y Bijou, que había visto aquella mañana al mercader confiriendo con Enrique y con Sara, condújole adonde ésta, esto es al pabellón.

Como Jorge previera, de cuantos nuevos objetos presentó el mercader a Sara, lo que más llamó la atención de ésta fué el precioso cofrecito de Boule. La doncella lo cogió, lo volvió y revolvió de todos lados, y después de haberlo admirado por fuera, quiso verlo por dentro y pidió la llave para abrirlo. El mercader, difiriendo a la petición de la criolla, hizo que buscaba la llave entre sus chirimbolos, y se tentó las ropas; pero todo en vano, hasta que a la postre hizo seña de que no la tenía, y de que probablemente se la había dejado en su casa. Tras lo cual se salió, dejando el cofre y prometiendo tornar pronto con la llave. Diez minutos después y mientras la doncella, con todo el ardor de su curiosidad infantil, volvía y revolvió en sus manos el maravilloso cofrecito, Bijou entró y le dió la llave, que Miko Miko se había contentado con enviarla por conducto de un negro. Pero ¿qué le importaba a la criolla la manera como le llegaba la llave, con tal la recibiese? Sara pues la tomó de manos de Bijou, que se retiró para ir a cerrar inmediatamente todos los postigos de la casa amenazados por el huracán.

La doncella, al verse sola, se apresuró a abrir el cofrecito que, como sabemos, sólo contenía un billete que ni siquiera estaba cerrado.

Jorge lo había previsto y calculado todo. Era preciso que Sara se hallase sola en el instante

en que daría con la carta, y que la carta estuviese abierta para que aquélla no pudiese devolverla diciéndolo no haberla leído.

Sara titubeó por breve espacio; pero adivinando la procedencia del billete, aguijada por la curiosidad, por el amor y los mil afectos que hierven en el corazón de una doncella, no pudo irse a la mano, y, temblorosa y ruborizada, cogió el billete, lo desdobló, y leyó lo siguiente:

«Sara: no necesito decir a usted que la amo, ya usted lo sabe; el sueño de mi existencia ha sido una compañera como usted. Ahora bien, hay en el mundo posiciones excepcionales y en la vida momentos supremos en que todos los miramientos sociales desaparecen ante la terrible necesidad. ¿Me ama usted, Sara? Medite usted lo que será su vida junto al señor de Malmédie, y lo que será conmigo. Con él, la consideración de todos; conmigo la vergüenza de la preocupación. Pero, lo repito, Sara, amo a usted más que hombre alguno la ha amado y la amaría. Sé que el señor de Malmédie apresura la boda; así pues no hay tiempo que perder. Es usted libre, Sara; póngase usted la mano sobre el corazón, y decida entre Enrique y yo. La contestación de usted será para mí tan sagrada como lo sería una orden de mi madre. Esta noche, a las diez, estaré en el pabellón para recibirla.

JORGE.»

Sara miró en torno de sí, asustada; parecía que, al volverse, iba a ver a Jorge.

En esto se abrió la puerta, y, en vez del mulato, la doncella vió entrar a Enrique.

Sara escondió en su seno la carta de Jorge.

Como hemos visto, Enrique solía tener no muy

buenas inspiraciones respecto de su prima, y ahora no fué más feliz en este punto. Para presentarse ante Sara, preocupado con el pensamiento de otro, el momento estaba mal escogido.

—Dispénsame, mi querida prima—dijo Enrique,—si entro sin hacerme anunciar; pero al punto a que hemos llegado, y entre personas que, dentro de quince días, van a ser mujer y marido, por más que diga, tales libertades son permitidas. Por otra parte vengo a decirte que si tienes fuera algunas hermosas flores por las cuales sientes tanta predilección, no harías mal en mandar que las metiesen dentro.

—¿Por qué?—preguntó Sara.

—¿No ves que va a desencadenarse un huracán, y que así para las flores como para las personas más vale, esta noche, estar dentro que no fuera?

—¿Luego habrá peligro?—exclamó Sara pensando en Jorge.

—Para nosotros que vivimos en una casa robusta, no—respondió Enrique,—mas para los infelices que viven en chozas y para los viandantes, Dios me libre de hallarme en su lugar.

—¿Quieres decir?

—¡Ya lo creo! Toma, ¿oyes?

—¿Qué?

—Los filaos (1) del jardín de la Compañía.

—Sí, oigo; gimen, y esta es señal de tempestad, ¿no es eso?

—Mira el cielo como se cubre. Te lo repito, Sara, si tienes que entrar algunas flores, no pierdas tiempo; yo me voy a encerrar mis perros.

(1) Árboles que, en las colonias, reemplazan en las tumbas a nuestros cipreses.

Tras estas palabras, Enrique se salió para poner a su muta al abrigo de la tormenta.

Efectivamente, la noche se venía encima con insólita rapidez, gracias a las gruesas y negras nubes que iban encapotando el firmamento.

De cuando en cuando una ráfaga de viento conmovía la casa; luego todo recobraba la calma, pero esa calma pesada que parece la agonía de la naturaleza jadeante.

Sara miró al patio, y vió las mangas estremecerse como si hubiesen estado dotadas de sensibilidad y hubiesen sentido la lucha que iba a empeñarse entre el viento, la tierra y el cielo, mientras las lilas de China inclinaban tristemente sus flores hacia el suelo. Ante aquel espectáculo, la doncella, pábulo de terror profundo, enclavijó los dedos y susurró:

—¡ Señor Dios mío, protégele!

En esto Sara oyó la voz de su tío, que la llamaba, y abrió la puerta.

—Sara—dijo Malmedie,—ven, hija mía; no estarías segura en ese pabellón.

—Aquí estoy, tío,—respondió la doncella cerrando la puerta y metiéndose la llave en el bolsillo para que en su ausencia nadie entrase en el pabellón.

Pero en vez de reunirse a su tío y a su primo, Sara se metió en su cuarto, en el cual poco después entró Malmedie para ver lo que hacía. La doncella estaba de hinojos ante el crucifijo colocado al pie de su cama.

—¿Qué haces aquí? ¿por qué no te vienes a tomar el te con nosotros?—preguntó Malmedie.

—Estoy rogando por los viandantes, tío—respondió Sara.

—Jurara yo que en la hora de ahora no hay en toda la isla un hombre bastante loco para ponerse en camino,—repuso Malmedie.

—Dios escuche a usted, tío—articuló la doncella anudando sus oraciones.

Con efecto, ya no cabía duda; la tormenta que con su experta mirada de marino Jacobo predijera, iba a reventar: la isla de Francia estaba amenazada por uno de los terribles huracanes que son el terror de las colonias. La noche, como hemos manifestado, había cerrado con rapidez espantosa; pero tan frecuentes y deslumbradores eran los relámpagos, que a la obscuridad siguió una luz azulada y amarillenta que daba a todos los objetos el color cadavérico de los mundos extintos que Byron hace visitar a Caín bajo la guía de Satanás. En los cortos intervalos en que los relámpagos dejaban a las tinieblas dueñas de la tierra, oíase el rimbombo de los truenos que, partiendo de allende las montañas, parecían rodar por las vertientes de éstas, elevarse por encima de la ciudad y perderse en las profundidades del horizonte. Luego, como va dicho, seguían al trueno impetuosas ráfagas de viento que pasaban a la vez, agobiando cual si hubiesen sido varitas de sauce los árboles más corpulentos, que volvían a enderezarse lenta y temerosamente, para encorvarse, quejarse y gemir a impulsos de una nueva ráfaga más impetuosa que la precedente.

Donde, empero, ofrecía el huracán un espectáculo más sublime, era en el corazón de la isla, en el arrabal de Moca y en las llanuras de Williams. Por eso Pedro Munier estaba fuera de sí al ver que Jacobo partía y que Jorge se preparaba también a hacerlo; pero, débil como siempre ante una fuerza moral, el infortunado padre agobió la frente, y, estremeciéndose al silbo del vendaval, palideciendo al retumbar del trueno y temblando a cada relámpago, ni siquiera inten-

tó retener a Jorge. El cual parecía engrandecerse más y más según se aproximaba el peligro; al revés de su padre, a cada ruido amenazador erguía la cabeza, y a cada relámpago se sonreía, cual si, después de haberse acendrado en todas las luchas humanas, no viese la hora de luchar, como don Juan, contra Dios.

Llegada la hora de la partida, Jorge, con la inflexible resolución que constituía el carácter distintivo, no diremos de la educación que había recibido, sino de la que él se diera, se acercó a su padre, le tendió la mano, y haciendo que no comprendía el temblor de aquél, se salió con paso tan firme y semblante tan sereno, como si nada extraordinario ocurriese.

Jorge halló a la puerta a Ali, quien, con la pasividad de la obediencia oriental, tenía del diestro a Antrim, el cual, como si hubiese oído el silbar del simún o los rugidos del camalín, se encabritaba relinchando pero a la voz de su amo pareció calmarse, y volvió hacia él sus ojos y sus humeantes narices. Jorge acarició con la mano al noble bruto, y le dirigió algunas palabras árabes; luego y con la ligereza de consumado jinete se subió de un salto sobre la silla, y en cuanto Ali soltó las riendas, Antrim partió con la velocidad del rayo, sin que Jorge ni tan sólo hubiese visto a su padre, quien, para separarse lo más tarde de su hijo predilecto, había entreabierto la puerta, siguiéndolo después con la mirada hasta haberlo visto desaparecer al extremo de la alameda que llevaba al ingenio.

Por lo demás, era de ver aquel hombre correr tan veloz como el huracán en medio del cual pasaba, salvando el espacio, semejante a Fausto al dirigirse al Broquen en su corcel infernal. Todo en torno de él era desorden y confusión; no se

oía más que el crujido de los árboles desgajados por las alas del viento. Las cañas de azúcar, los casabes, arrancados de cuajo, atravesaban el aire cual plumas arrebatadas por poderoso soplo; y multitud de pájaros, sorprendidos en lo mejor de su sueño y arrebatados por un vuelo que les era imposible dirigir, pasaban junto a Jorge lanzando gritos agudos, mientras de tiempo en tiempo algún ciervo despavorido atravesaba el camino con la rapidez de la saeta.

Jorge sentía una satisfacción inefable en medio de aquella lucha de los elementos; henchíasele de orgullo el pecho; él, solo él estaba tranquilo en aquel desorden universal, y cuando todo se doblé-gaba o rompía a su alrededor, únicamente él proseguía adelante hacia el fin que le fijaba su voluntad, sin que cosa alguna pudiese hacerlo desviar de su camino, sin que nada pudiese distraerle de su proyecto.

Una hora hacía que Jorge corría de tal suerte pasando por encima de los árboles desgajados, atravesando arroyos convertidos en torrentes y sorteando los pedruscos que bajaban rodando de las cimas de las montañas, cuando divisó la mar, arbolada, verdosa, espumante, mugidora, que con ensordecedor estrépito se desmenuzaba en la costa, cual si la mano de Dios hubiese dejado de contenerla en sus límites. Jorge acababa de llegar al pie del morro de la Atalaya, y faldeándolo sin menguar la vertiginosa carrera de su caballo, atravesó el puente de Bourgeois, dobló a la derecha, se entró por la calle de la Costa de Oro, siguió las paredes posteriores del arrabal, y, dejando a su espalda la muralla, descendió por la calle de la Rampa al jardín de la Compañía, desde donde y subiendo a la desierta ciudad en medio de los despojos de chimeneas derribadas,

paredes derrumbadas y tejas voladoras, siguió la calle de la Comedia, dobló a la derecha, se internó en el callejón frontero del teatro, se apeó de un salto, abrió la barrera que separaba el callejón de la alameda que dominaba la casa de Malmedie, cerró tras sí la barrera, y echó las riendas al cuello de Antrim, que, no teniendo por donde salir, no podía escaparse; luego se descolgó a los tejados arrimados al callejón, saltó de los tejados al suelo, y se halló en el obrador al cual daban las ventanas del pabellón que hemos descrito.

Mientras el mulato devoraba las distancias arrebatado por la fantástica carrera de su cabalgadura, Sara, en su dormitorio, escuchaba los mugidos del huracán, persignándose a cada relámpago, rogaba incesantemente, pedía a la tempestad que se calmase, temerosa de que Jorge se viese detenido por ella; luego se estremecía de improviso, y decía entre sí que cuando un hombre como Jorge ofrece hacer una cosa, la hace mal se derrumbe sobre él el mundo entero. Entonces pedía a Dios que calmase el viento y apagase los relámpagos, y veía a Jorge muerto bajo un árbol, achuchado bajo una peña, rodando al fondo de un torrente, y con espanto comprendía cuán rápido ascendiente había tomado sobre ella su salvador, y conocía que era inútil toda resistencia a aquella atracción, y que era vana toda lucha contra aquel amor, nacido ayer y ya tan arraigado, que a su pobre corazón no le quedaba sino bregar y gemir, reconociéndose, como se reconocía, vencido sin ni siquiera haber intentado luchar.

La agitación de Sara iba en aumento conforme el tiempo avanzaba. Con los ojos clavados en el péndulo, la doncella seguía el movimiento del mi-



nutero, y una voz íntima le decía que a cada minuto que la manecilla señalaba, Jorge se acercaba a ella. El minuterero señaló sucesivamente las nueve, las nueve y media, las diez menos cuarto, y la tempestad, lejos de calmarse, se hacía por momentos más terrible. La casa se estremecía hasta sus cimientos, y a cada instante parecía que el viento que la sacudía iba a arrancarla de su basa. De vez en cuando y en medio de los gemidos se deshacían al soplo del huracán como se deshace un castillo de naipes al soplo de un niño, oíanse resonar, respondiendo al trueno, las lúgubres voces de socorro de algún buque en peligro, por más que ningún ser humano podía presárselo.

En medio de aquella diversidad de ruidos, ecos de la devastación, a Sara le pareció oír el relincho de un caballo.

La doncella, tomó una resolución repentina y se levantó. El hombre que en medio de tales peligros, cuando los más animosos temblaban en sus casas, venía al través de selvas desarraigadas, de torrentes engrosados y precipicios insondables, para decirle que la amaba y preguntarle si era correspondido, era digno de ella. Y si tal había hecho Jorge, que le salvara la vida, Sara le pertenecía como Jorge pertenecía a Sara.

No era ya pues una resolución hija de su libre albedrío la que acababa de tomar la doncella, era una mano divina la que la agobiaba, sin que ella pudiese oponerse, bajo el peso de un destino resuelto de antemano: ya no era ella quien decidía de su suerte; Sara obedecía pasivamente al hado.

Entonces y con la decisión que dan las circunstancias supremas, Sara se salió de su cuarto, llegó al extremo del corredor, descendió la escalera externa de que hemos hecho mención y

que parecía zarandarse bajo sus pies, encontróse en el rincón del patio cuadrado, se adelantó tropezando a cada paso con despojos, apoyándose en la pared para que el viento no la derribara, y llegó a la puerta.

Sólo en el instante en que puso la mano en la llave y gracias a la luz de un relámpago que le mostró sus retorcidas mangas, sus desmeñadas lilas y sus tronchadas flores, pudo la doncella formarse idea de la profunda convulsión de la naturaleza; sólo entonces pensó que tal vez esperaría en vano, que Jorge no vendría, no por miedo, sino por haber perecido; y ante esta idea todo desapareció, y Sara entró en el pabellón.

—Gracias, Sara—dijo una voz que hizo estremecer las más profundas fibras del corazón de la criolla;—gracias. ¡Ah! no me engañé: usted me ama, Sara; bendita sea usted mil veces.

Al mismo tiempo la doncella sintió como una mano le cogió la suya, y un corazón latir contra su corazón, y un aliento confundirse con su aliento; y por su cuerpo corrió veloz, devoradora, una sensación desconocida; y jadeante, desatinada, doblegándose cual flor que se inclina sobre su tallo, se apoyó en el hombro de Jorge, después de haber agotado, en las dos horas que de lucha sostenía, todas las energías de su alma y sin más fuerzas que para susurrar:

—Jorge, Jorge, compadézcase usted de mí.

El mulato comprendió aquel llamamiento de la endeblez a la fuerza, del pudor de la doncella a la lealtad del amante; y si se presentó allí con otro fin, ahora al ver que Sara le pertenecía, que cuanto obtuviese de la virgen sería en detrimento de la esposa, por más que el amor, el deseo y la dicha lo aguijasen, se limitó a conducir a Sara más cerca de la ventana para contemplarla a la luz de los relámpagos.

—¿Verdad que es usted mía por toda la vida, Sara?—preguntó Jorge inclinando la cabeza hasta la de la criolla.

—Sí, por toda la vida—respondió en voz remisa la doncella.

—¿Y sólo podrá separarnos la muerte?

—Sólo la muerte.

—¿Me lo jura usted, Sara?

—Por la memoria de mi madre.

—Bien—dijo el mulato estremeciéndose de felicidad y de orgullo;—desde ahora es usted mi esposa, Sara, y ¡ay del que intente disputármela!

Dichas estas palabras, Jorge besó en la boca a la doncella; y temeroso sin duda de no poder domeñarse en presencia de tanto amor, juventud y hermosura, se disparó al aposento contiguo, cuya ventana, como la del pabellón, daba al obrador de carpintería, y desapareció.

En esto retumbó un trueno tan espantoso, que Sara cayó de rodillas.

Casi al punto abrióse la puerta del pabellón, y Malmedie y su hijo entraron.

## XVI

### LA PETICIÓN EN MATRIMONIO

Durante la noche cesó el huracán; pero hasta el día siguiente no pudieron apreciarse los destrozos por él causados.

Parte de los buques anclados en el puerto sufrieron gruesas averías, otros se estrellaron al chocar entre sí, y casi todos quedaron desarbolados y rasos cual pontones; además, dos o tres

garrearon y embarrancaron en la isla de los Toneleros, y uno se fué a pique en el mismo puerto, junto con su tripulación, sin que hubiese sido posible prestarle auxilio alguno.

En tierra la devastación no era menor. Contadas casas de Puerto Luis quedaron al abrigo de aquel terrible cataclismo; cubiertas casi todas ellas de tablillas, tejas o planchas de cobre u hojalata, quedaron destechadas. Únicamente las que remataban en azoteas a la índica, resistieron al empuje del huracán. Así es que, por la mañana, las calles estaban llenas de despojos, y algunos edificios sólo se sostenían sobre sus cimientos gracias a numerosos puntales. En el campo de Marte no quedó en pie ni una tribuna de las preparadas para las carreras de caballos, y dos cañones de grueso calibre puestos en batería en las inmediaciones de Río Grande, fueron vueltos en opuesta dirección por el viento.

El interior de la isla ofrecía un espectáculo no menos deplorable. Lo que faltaba cosechar, y por fortuna la cosecha casi había terminado, fué arrancado de la tierra, y acá y acullá fanegadas enteras de bosque presentaban el aspecto de los trigos achuchados por el granizo. Casi ningún árbol aislado pudo resistir al huracán, y aun los tamarindos, árboles flexibles por excelencia, fueron desgajados, cosa que, hasta entonces, tuvieran todos por imposible.

La casa de Malmedie, una de las más altas de Puerto Luis, padeció grandemente, y aún por un momento fué sacudida por manera tan violenta, que Malmedie y su hijo resolvieron buscar un refugio en el pabellón que, construido todo él de piedra, por no tener más que un solo piso y estar al abrigo de la azotea, daba evidentemente menos asidero al huracán.